

Clint Eastwood me enseñó a
volar cometas

Vivir en la almohada (primera parte).

Mi casa no tiene nada de especial, salvo que se puede bajar trepando a la calle desde mi ventana y los continuos intentos de asesinato por parte de mis padres en el pasillo. El ascensor siempre está estropeado, pero con un poco de paciencia, tras varias subidas y bajadas, puedes llegar a tu destino. Usar las escaleras es más práctico, mientras que no le falten peldaños o estén llenas de espaguetis. Los vecinos dejan sus puertas abiertas, lo cual está muy bien porque tienen unas casas increíbles con grandes sofás de cuero y alfombras. Lo que menos me gusta es el garaje, tan gris, con tantas rampas...no puedo estar ahí sin tener la sensación de que es imposible escapar.

Mi calle ha sufrido algunas modificaciones en los últimos años. Por suerte ha desaparecido el cementerio que había justo al lado del parquecillo de la pista de patinaje. Daba bastante miedo, sobretodo por el hecho de que allí estaba enterrado el mismísimo Jesucristo. Hay un par de peluquerías donde es imposible cortarse el pelo y un bar con unos de esos sillones de plástico rojo de los años ochenta. Antes había una tienda de muebles, pero me da la impresión de que ha cerrado.

El parque tiene un museo enorme, aunque no recuerdo haber entrado nunca. En la zona oeste siempre es de noche, así que si paso por ahí lo mejor que puedo hacer es correr. La entrada norte tiene bastante vida pero por lo general no deja de ser una zona de paso sin nada en especial salvo cuando llegó apocalipsis y todo se llenó de fuego y destrucción o la otra noche que había un gato gigante.

Mi barrio, Parque Sur, no ha cambiado mucho. Hay un par de panaderías extrañas y está la siempre evitable entrada al garaje. Las experiencias aquí giran entorno al instituto, cosa que odio. Tardo siglos en subir sus inmensas escaleras y mucho más en encontrar el aula. No hay vez que no llegue tarde al clásico examen de matemáticas que no recordaba tener o a elegir un lugar para sentarme, sintiéndome de lo más imbécil. Estoy harta de que me toque sola, o en el peor de los casos, a al lado de las niñas que me robaban siempre el bocadillo, pero sobretodo estoy harta de seguir en segundo de bachiller con veintitrés años. Prefiero un millón de veces los días que toca ir al colegio.

Cruel Invierno.

La plaza nevada está llena de niños de todas las edades. Juego con una amiguita africana que no tendrá más de cinco o seis años. Es una niña dulce y preciosa que lleva el pelo rizado recogido en dos coletas. Desgraciadamente tiene una enfermedad que pronto acabará con ella. Unos quinceañeros le insultan y aunque la defiendan, se va triste a sentarse en una mesa de madera. Allí comienzan a crecerle tentáculos. Los chicos vuelven a la carga y empieza a convulsionar hasta que finalmente se desploma sobre la nieve, fundiéndose sobre ella.

Primer advenimiento del 2012.

Estoy en un extraño edificio en lo que parece ser el final de la calle Paseo de la Cuba. Bajo las escaleras a toda prisa rodeada por el fuego. En la calle el panorama no es mucho más alentador, hay coches en llamas, explosiones y todo parece estar inmerso en un profundo caos. Sin embargo nadie parece tomárselo muy en serio ¿el fin del mundo? Que va, seguro que es cosa de la tele, un reality o algo así. Sigo andando entre el ruido de los estallidos y de las sirenas de las ambulancias, coches de policía, etc. Aparece una furgoneta con el himno de Riego a todo volumen... ¡ También ha llegado la República! Canto alegremente la canción, puño en alto, mientras veo que una multitud rodea a un Gozilla de metro y medio. El apocalipsis ya no es lo que era...

Suben las temperaturas.

Una pequeña y acogedora habitación. Luces tenues. Birkin y Gainsbourg en el tocadiscos (bueno eso no, pero pega). Un hombre me dice que me quiere en su lengua natal. Me besa tiernamente, me acaricia el pelo mientras me mira profundamente a los ojos. El ambiente se caldea. Es Andreu Buenafuente.

Segundo advenimiento del 2012.

Estoy en un supermercado lleno de gente enloquecida. Ha corrido la alarma

acerca de una posible invasión de zombies o una pandemia letal, no se sabe a ciencia cierta, pero por si acaso todo el mundo intenta abastecerse de víveres por lo que pueda ocurrir. Yo voy junto a un chico castaño y gordito echando en el carro cosas inverosímiles ante una situación así. El coge galletas, y yo estoy empeñada en lo importante que es obtener un bote de viakal, porque ante todo hay que mantener la calma, la dignidad y los cuartos de baño limpios. A continuación vemos un cartel donde pone "GORDOS" con una flecha, y decidimos seguirla, llegando a unas escaleras mecánicas que bajan a un piso inferior. Mi amigo decide bajar, pero huye rápidamente, totalmente aterrorizado, ¡ahí abajo están haciendo un genocidio de gordos! Entre lágrimas, maldice una sociedad que lo rechaza de esa manera. Conmovida, le beso y le digo que le quiero y que tenemos que coger latas de conserva porque las galletas no tienen pinta de durar mucho. Después de toda esta odisea, conseguimos llegar al bunker.

Para mis detractores.

Por favor, si vais a seguir mandándome calcetines amenazantes, bordar el mensaje en lugar de escribirlo con rotulador, que no se entiende nada. Gracias.

El acorazado culé.

Varias personas, entre ellas un niño, hemos sido secuestradas por un villano del Barça vestido con un mono negro con el escudo del equipo. Estamos en una cámara acorazada también negra, con una franja roja que recorre las paredes de los muros. El secuestrador coge al niño en brazos, que no para de llorar. Acciona un botón y una de las paredes se abre, mostrándonos que estamos en lo alto de un edificio que casi parece llegar al cielo, donde el viento sopla con fuerza. Después nos mira amenazante y se lanza al vacío con la criatura. La visión es desgarradora. Siento que voy a ser la próxima en morir y, sin saber cómo, consigo huir. Bajo hacia una gran sala cuyas paredes están decoradas de igual manera que la sala anterior. Ahí hay una serie de camillas con señoras sentadas a las cuales unos especialistas, vestidos igual que el secuestrador, rocían cera hirviendo en la cara. Al parecer el Barça desea una sociedad donde la

fealdad no tenga lugar, y esta es su única forma de llevar a cabo su plan. Consigo salir del edificio. A mi alrededor se extiende un patio enorme rodeado por una alambrada, donde cientos de soldados desfilan con la equipación del club.

Vivir en la almohada (segunda parte).

No hay día que no recorra la avenida de España. Antes habían procesiones y cabalgatas a menudo ya que no hay demasiado tráfico. De hecho es ideal para conducir sin carnet, una experiencia totalmente liberadora. Al comienzo está el supermercado. Es muy cutre y siempre me encuentro a quien menos me apetezca ver en ese momento. También hay una tienda de animales con gatos que arañan, perros que muerden, monos bastante desagradables y toda clase de bichos con los que más vale tener cuidado. Hasta hace no mucho había una ferretería azul a cuyo cargo está una señora bastante amable. Detrás del Hotel los Llanos hay una especie de sociedad secreta. He estado un millón de veces en el hall, pero todo es bastante confuso y no entiendo que se trama ahí dentro, solo se que yo no puedo participar. Llegando a la punta de el parque hay una pastelería donde una vez me oriné encima, salvo eso, no hay mucho más que mencionar.

La calle Ancha sería el sitio ideal para ir de compras, si alguna vez llevara dinero. Aún recuerdo cuando hace veinte años el suelo se abrió y llegaron camiones con kilos y kilos de alquitrán, pero desde entonces ha pasado mucho tiempo. Simago continúa abierto, al igual que Legorburo, donde me encanta entrar para ver juguetes. La calle Mayor tiene bastante encanto, casi parece el casco antiguo de alguna ciudad europea con sus alegres farolillos amarillos y sus tiendas antiguas. No se como puedo pasar tanto tiempo de tienda en tienda sin llevarme nada.

Gracias de todo corazón al ex-presidente:

Cuando sufres un accidente en el metro de Madrid y sobrevives, tu vida cambia. Sobretudo si José Montilla te condecora por ello.

Murcia, que hermosa eres.

Mi pareja y yo nos vamos, acompañados de nuestros amigos, a una casa de piedra con la intención de casarnos. El lugar es más grande de lo que parece, dentro hay un río con una barquita y su barquero, que es quien oficiará la ceremonia. Es un hombre afable, de unos sesenta años y pelo cano. Todo parece marchar bien hasta que aparece el típico empresario multimillonario gordo con bigote y el pelo engominado hacia atrás. Está enamorado de mí así que decide raptarme y llevarme a su mansión. Estoy bastante harta de que me raptan, es bastante tedioso. El césped, el sol y la piscina solo hacen aumentar mi dolor y mi añoranza hacia el que es mi verdadero amor. La sensación de tristeza es inimaginable. Sin ninguna explicación, me deslizo por un tobogán lleno de leche, pero los problemas no terminan ahí.

Aparezco en Murcia. Es una ciudad horrible y gris, y la mayoría de los edificios necesitan una rehabilitación urgentemente. Realmente ha llegado un punto en el que no se de qué estoy huyendo. Un amplio colectivo de la ciudad desea mi muerte, por lo que he de permanecer oculta en una casa, junto con mi familia. Mi mayor deseo en este momento es estar embarazada ya que así creo que podría volver con él. Me hago una prueba de embarazo que da negativo. Alguien ya la había usado antes, así que obviamente el resultado no tiene que ser cierto. Me hago con otro sistema para averiguarlo, consiste en un vaso de cristal con unos porcentajes. Hay que orinar en el y luego extraer una cantidad con una pipeta. La cantidad de orina que quede en el vaso serán las probabilidades de estar en cinta. En mi caso, un sesenta y cinco por ciento. El resultado podría ser esperanzador, pero realmente dudo de mi capacidad para usar una pipeta dada mi gran habilidad para manipular instrumentos, así que decido ir disimuladamente al ginecólogo. Gracias a Dios la clínica está cerca de casa y no me encuentro con ningún murciano con ansias de matar. Llego al lugar, que resulta bastante exótico. La entrada está llena de plantas y al entrar dentro hay unos cinco gatos, un par de perros y un hurón que me da mucho miedo. El doctor me recibe muy amablemente en la sala de espera, supongo que desconoce que soy la enemiga pública de la ciudad.

Segundos antes de entrar dentro de la consulta mi menstruación hace aparición. Lo que faltaba.

Vuelvo a casa bastante nerviosa. Al subir veo que Intereconomía y la extrema derecha murciana ha organizado una manifestación en mi contra, da bastante miedo porque van armados y llevan un globo gigante de un gato, emblema del famoso programa nocturno de la cadena. Estoy muerta de miedo así que decido ir salir en la calle en busca de mi familia, aunque parezca una idea bastante absurda.

Recorro una larga avenida dejando atrás la manifestación y veo a mis padres bajar de un tren. Mi padre me explica que soy el chivo expiatorio de la lucha por el agua del Júcar y que no tengo que ser tan egocéntrica (claro, como a él no le quieren matar...). Es angustioso no solo por sentirme perseguida y por estar lejos de la persona amada, también me preocupa mucho estar saltándome clases de esta manera tan tonta. Vuelvo a casa en monopatín y allí las cosas se complican. Un grupo de paramilitares va en mi búsqueda, pero al no dar conmigo, acribillan a la abuela de mi novio y a unos cuantos niños. La escena de la abuela sin cabeza y con el tórax separado de las piernas es bastante dantesca, por no hablar de los niños muertos... Es en este momento cuando aparece mi heroína, Rosa María Sardá. Ella solita acaba con los paramilitares, y cose los miembros desperdigados de los cadáveres, que vuelven a la vida.

Felicidad cien por cien algodón.

Mi hermano salta y corretea por el pasillo. Se ha comprado por Internet un skyjama de fieltro verde que le cubre desde los pies hasta más arriba de la cintura, quedando sujeto por unos gruesos tirantes. No puede estar más contento.

Esperando la admisión en Howarts.

Sobre la estantería del estudio está mi baraja. Mi padre acaba de llegar a casa y tengo que hacer algo con ella, he de eliminarla de algún modo porque para nada ha de

enterarse de los poderes que ella confiere. No me queda más opción que lanzarla por la ventana, pero desgraciadamente las cartas caen sobre la cabeza de una señora que por ahí pasaba penetrando en su cráneo como si fueran los surikens de un ninja y su cabeza tuviera la consistencia de un trozo de mantequilla. Decido irme de ahí para no levantar suspicacias.

Sin embargo, uno no puede huir de sus propios poderes, y al deshacerme de la baraja, algunos muebles empiezan a arder. Me pongo de los nervios, la situación se me ha escapado de las manos y el fuego empieza a extenderse por toda la casa. Me arrodillo e imploro: ¡¡DIOSES DE LA MAGIA, PERDONADME!! Automáticamente la baraja vuelve a su lugar original y aparece un holograma en el pasillo en el cual una chica con un gorro azul con estrellas me agradece mi labor como maga. Mi padre observa la escena tras de mí. Ya no tengo nada que esconder.

Barcelona.

Bajo de un tren al atardecer. Me encuentro en Barcelona. No se que hago ahí, pero voy vestida con un chándal Nike viejísimo, mi móvil apenas tiene batería y no llevo dinero. Realmente tengo miedo. Echo a andar por el puerto y veo un edificio enorme, modernista, algo que quizás antes sería una lonja o unas oficinas mercantiles, quien sabe, pero hoy en día alberga un museo. Sin embargo está cerrado, por lo que decido dirigirme hacia el centro de la ciudad a través de una calle empinada rodeada de casitas de colores. Rebusco incesantemente en mis bolsillos vacíos mientras va llegando la noche. Me preocupa mucho que mis padres descubran que estoy sola y perdida en una ciudad que no conozco e intento contactar con un amigo para que me de cobijo hasta que la situación se arregle, pero me da largas. Me acerco a un grupo de turistas que dicen ser de Valdeganga y me uno a ellos. Dejamos atrás las casas coloristas hasta llegar a la zona más alta de la ciudad. Está todo lleno de césped y en el centro hay una gran montaña de tierra marrón repleta de esqueletos. Estoy convencida de encontrarme ante el Fossal de les Moreres. Necesito salir de aquí.

Una tienda de animales es mucho más triste.

Paseando por un centro comercial, llego hasta una tienda de animales. El escaparate está repleto de cachorritos de toda clase, y a la izquierda del todo hay unos osos perezosos diminutos metidos en botes de pelotas de tenis. Son totalmente adorables. Mi padre entra a la tienda y sale con una pequeña caja de cristal con una tarántula dentro, lo cual me horroriza. Entro dentro y voy recorriendo el pasillo repleto de jaulas, comentando con la dependienta las razas de perros hasta que empiezo a sentir un agudo dolor en el brazo. Un joven, que se parece a Leo Johnson de “Twin Peaks”, lleva consigo un león que no suelta mi brazo apretando sus enormes mandíbulas. Le pido por favor que haga algo, que qué está esperando, y el león sigue ahí intentando arrancarme el brazo. Por fin me suelta, milagrosamente estoy ilesa.

Transformers.

Llega la noche mientras paseo por la calle Ancha dirigiéndome hacia mi casa. De repente un edificio se derrumba. Puedo ver como muchas personas quedan sepultadas bajo los escombros. Es bastante extraño, parece un hormiguero como los que venden en las tiendas de animales: un gran montón de tierra y personas incrustadas en ella. En seguida llegan varias excavadoras y comienza el rescate. Me pregunto si no será peligroso usar estas máquinas cuando hay gente entre el montón de escombros. En ese momento todo el mundo empieza a volverse loco. Las excavadoras se han convertido en robots asesinos gigantes y echamos a correr a lo largo de la calle, torciendo después por la avenida de España. Mientras corro medito acerca del futurismo y el fascismo (sí, puedo huir de unos robots asesinos gigantes y pensar al mismo tiempo). Después llego a la conclusión que si las excavadoras han podido convertirse en máquinas de aniquilación en cuestión de segundos, nosotros, los humanos, con un poco de concentración podemos llegar a volar. Me pongo de frente mirando a los robots y poco a poco comienzo a elevarme, y conmigo, muchas otras personas.

Topos.

Estoy en Londres, al sur de Regents Park, junto a mi hermano. De repente aparece un topo muy gracioso, que ha salido de un agujero en el asfalto y me dedico a seguirlo por la ciudad. Tiene poco sentido ir tras él cuando es un animal ciego y voy todo el rato preocupada por si lo piso, es tan chiquitín... Al final llego en una tienda de regalos y él desaparece.

Nieve y revolución.

Camino por la acera del parque agobiada bajo el sol del verano. Poco a poco el suelo se torna blanco. El ayuntamiento ha instalado unos cañones que lanzan bolitas de poliespan y los albaceteños parecen haber olvidado el calor enfundados en sus abrigo. Los niños se deslizan con sus trineos mientras los adultos hacen fotos y se saludan alegremente. Tanta es la alegría que despierta la nieve artificial del parque que la calle Ancha está completamente vacía. Continúo andando por ella hasta llegar a una cadena de comida rápida. Al entrar en el establecimiento, en un segundo, todo me saca de mis casillas. Los dependientes tienen un aspecto penoso, llenos de grasa y con unas ojeras que les llegan hasta el suelo y junto a ellos, una jauría de adolescentes hambrientos que no levanta la vista de sus bandejas. ¡ No aguanto más! Me subo a una silla y empiezo a gritar:

-¡HAY QUE ACABAR CON LA COMIDA RÁPIDA! ¡ES UNA HERRAMIENTA DEL SISTEMA!

A : ES UN INSTRUMENTO DEL CAPITALISMO FERROZ!

-Público: C!!

-NO! AHORA TOCA LA B! IDIOTAS! B! LAS HAMBURGUESAS NO SON SANAS Y TIENEN MUCHO COLESTEROL!

-Público: E!!

-BURGUER KING EXPLOTA A SUS EMPLEADOS, MIRAD A ESTA CHICA, PARECE UNA PILTRAF! Acto seguido se acerca la chica y le susurro al oído: por favor...¿me puedes regalar una hamburguesa?

Piscinas.

Es un día soleado de verano. Estoy en una piscina junto a Lindsay Lohan que lleva un bikini rojo. Al parecer nos estamos desintoxicando de alguna adicción. Supongo que en mi caso será de la coca-cola o el chocolate. Hay cierta química entre las dos, ¿tensión sexual? No creo... Ella dice en inglés que estoy muy blanca, es cierto, pero su color no dista mucho del mío. Nos reímos, hacemos bromas. Al salir del agua me doy cuenta de que estoy en la parcela de mis abuelos. ¡Hora de merendar!

Apatrullando la ciudad.

Es de noche y me dirijo hacia mi casa en Alicante. Un poco antes de llegar a la plaza de la Montanyeta empiezo a escuchar tiros. Una pequeña multitud intenta refugiarse entre los coches aparcados mientras que la calle está tomada por un grupo de gitanos armados que se enfrentan a la policía. Me armo de valor e intento colaborar con las fuerzas del orden forcejeando con uno de los delincuentes. Éste me dice con acento asturiano que si le dejo que me toque un pecho no opondrá resistencia. Sorprendida, le digo que no será necesario, ya que justo en ese momento veo aparecer al juez Garzón con unas esposas, colocándose una a él y la otra al gitano-asturiano.

-Baltasar, ¿no crees que eso no tiene mucho sentido?

-Ja ja, que ingenua eres...eso de ponerle las dos esposas al detenido no se hace nunca...es cosa de las películas americanas...

Descanse en paz.

Emilio, el chico que siempre vestía de verde en el colegio, ha muerto por comer demasiada comida picante antes de hacer deporte.

Tres delicias.

Mientras discuto con mi familia sobre la integración social de los gitanos rumanos aparezco en una calle cualquiera de un país cualquiera del sureste asiático donde gente vive atemorizada por grupos de malhechores que se dedican a raptar a jovencitas para prostituirlas. Sola y perdida por la ciudad, soy asaltada por un individuo con un gran bigote y un machete enorme, que blande en mi cuello mientras me agarra fuertemente por el brazo. Acto seguido llego a la habitación de un triste motel. Hay una cama de matrimonio y un cuarto de baño. Necesito una ducha pero estoy muy asustada. Intentar encender las luces del espejo es muy peligroso. Si enciendo la luz equivocada se encenderán el rótulo luminoso de la fachada que indica que hay una prostituta disponible. Como no me acabo de aclarar con los interruptores me voy a la habitación. Ahí está el proxeneta, apenas vestido con unos calzoncillos con corazones. Éste abre las cortinas, y todo el mundo que está fuera cree que acaba de descubrir a un cliente in fraganti en plena faena. Ya no tengo escapatoria. Salgo fuera y llego a un hall enorme con tres escaleras de mármol y una lámpara de araña como una gran tarta nupcial vuelta del revés. Ante mí, unos veinte clientes occidentales esperan ansiosos su turno. Ataviada como la mismísima Josie Packard de “Twin Peaks”, les explico mis encantos: Unas piernas ágiles, un culito juguetón...

Pizzas y vicepresidentes.

Llegan a casa un par de pizzas. Mientras cenamos aparece Rubalcaba junto con una secretaria rubia con un corte de pelo moderno como el de Thais Villas, la chica de la Sexta. ¿Qué hace aquí? Al parecer, una de sus funciones como vicepresidente es controlar que los niños se suban al autobús en las excursiones al Museo Provincial, lo

cual, lógicamente, le resulta agotador. Sin embargo, rehúsa la invitación a coger una porción de pizza. Tiene que comprobar que todos han llegado sanos y salvos al colegio.

Perdida en 1984.

El mundo está dominado por un duro régimen autoritario que controla cada uno de los movimientos de los ciudadanos. El ejército patrulla las calles y pueden detenerte si al caminar llegas a tener los dos pies en el suelo al mismo tiempo. Como no han conseguido crear un mecanismo para poder leer la mente, expertos en expresión corporal estudian cada uno de nuestros gestos. Si demuestras físicamente descontento hacia el sistema, irán a por ti. Yo estoy convencida de que la dictadura está hecha a imitación de “Lost” (serie que no he visto en mi vida) y que el líder es Locke e intento explicárselo a la gente, pero nadie me cree. La angustia llega a su más alto grado cuando el régimen decreta el fin del mundo. Por raro que pueda parecer, nadie hace las típicas locuras que uno imagina que haría si supiera que iba a morir ese mismo día. Todo el mundo se dedica a despedirse de los suyos y a intentar asumir que esa misma noche estarán muertos. Sin embargo corre el rumor de que quizás sea simplemente un aniquilamiento en masa y que ciertos privilegiados podrán sobrevivir. Para elegir que mujeres en edad de merecer podrán salvarse, organizan un concurso de belleza entre las chicas de la alta sociedad. Dada mi voluntad de sobrevivir, decido colarme. El concurso consiste en hacer una muñequita con una servilleta de papel. Por mucho que lo intento, solo consigo hacer una figura amorfa. Finalmente llego a la conclusión de que solo es el rodaje de una película de Tarantino. No existe ningún déspota calvo que quiera aniquilar a la raza humana. Me doy cuenta de que puedo controlar la situación y empujo a unos hombres cuadriculados que parecen legos malévolos a una piscina. Finalmente me subo en un autobús con el resto del reparto rumbo a Alicante, discutiendo sobre el trayecto sobre lo negativo de criticar públicamente a Tarantino y haciendo imitaciones de Marisa Paredes.

Bajo la luna llena.

Esta noche, cerca del colegio, un grupo de tullidos bailaba y cantaba alrededor de Juliette Lewis, como si de un aquelarre se tratara.

La gala de los Goya.

Me encuentro en la Gala de los Goya. La cosa no debe ir muy bien para el cine español porque Concha Velasco es la presidenta de la Academia. La actriz, ataviada con un vestido negro muy barroco, bromea sobre el anterior presidente (en ese momento me detengo a pensar en lo joven que aparenta estar Concha esa noche, pese a que el vestido no le sienta nada bien). A continuación da paso a unos gaiteros y tocan "Can't help falling in love" de Elvis Presley. No se cómo ni de qué manera caigo desde arriba al escenario y paso corriendo al backstage donde a continuación llegan los gaiteros. Cojo una de las gaitas, cuyas habituales flautitas al parecer tienen forma de pene en reposo pero con sus correspondientes agujeros para que salga el aire, eso sí. Este hecho no parece contrariarme (¿quién no ha visto nunca una gaita-pene?), e interpreto la banda sonora de "Titanic" con gran maestría. Los músicos aplauden mi gran habilidad y me preguntan que cómo es que tengo tanta soltura tocando la gaita-pene. Mi larga experiencia ante el piano es indudable.

Fin.

En la azotea de un edificio me encontré a Clint Eastwood. Me contó que pese a todo, él era un hombre sensible, y me enseñó a volar cometas.